



XXXIX

EL BESO

Mucho hace el que mucho ama.
(KEMPIS, lib. I, cap. XV.)

I

Me han contado que al morir
un hombre de corazón,
sintió, ó presumió sentir,
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón.
¿Que es imposible, Asunción?...
Veinte años hace que dí
el primer beso ¡ay de mí!
de mi primera pasión...
¡Y todavía, Asunción,
aquel frío que senti
hace arder mi corazón!

II

Desde la ciega atracción,
beso que da el pedernal,
subiendo hasta la oración,
último beso mental,
es el beso la expansión
de esa chispa celestial
que inflamó la creación,
y que en su curso inmortal
va de crisol en crisol
su intensa llama á verter
en la atmósfera del ser
que de un beso encendió el sol.

III

De la cuna al ataúd
va siendo el beso, á su vez,
amor en la juventud,
esperanza en la niñez,
en el adulto *virtud*,
y *recuerdo* en la vejez.

IV

¿Vas comprendiendo, Asunción,
que es el beso la expresión
de un idioma universal
que, en inextinto raudal,
de una en otra encarnación
y desde una en otra edad,
en la mejilla es *bondad*,
en los ojos *ilusión*,
en la frente *majestad*,
y entre los labios *pasión*?

V

¿Nunca se despierta en tí
un recuerdo, como en mí,
de un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
eso es un beso, Asunción,
que en alas de no sé qué,
trae la imaginación.

VI

¡Gloria á esa oscura señal
del hado en incubación,
que es el germen inmortal
del alma en fermentación,
y á veces trasunto fiel
de todo un mundo moral;
y si no, dígalo aquel
de entre el cual y bajo el cual
nació el alma de Platón!

VII

¡Gloria á esa condensación
de toda la eternidad,

con cuya tierna efusión
á toda la humanidad
da la paz, la religión;
con la cual la caridad
siembra en el mundo el perdón;
himno á la perpetuidad,
cuyo misterioso son,
sin que lo oiga el corazón,
suená en la posteridad!

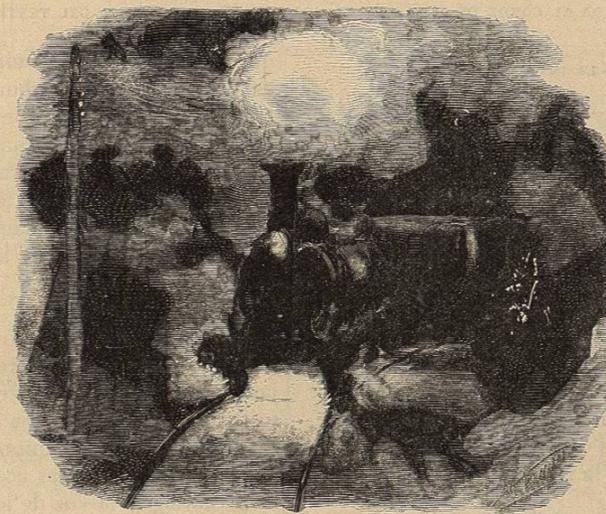
VIII

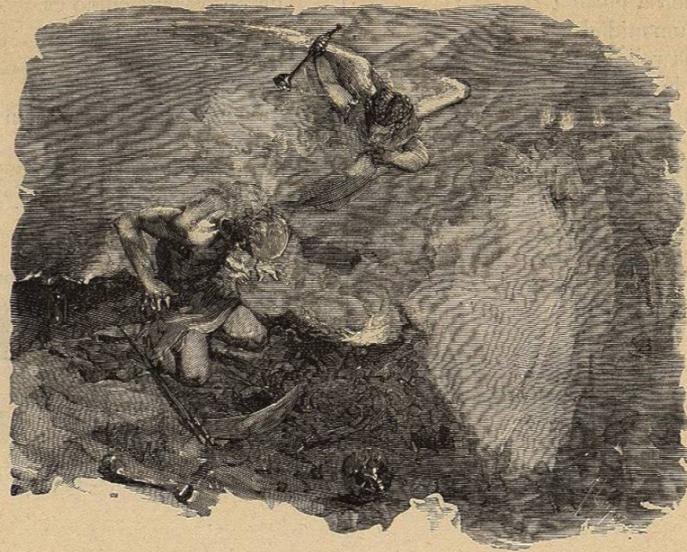
¿Vas comprendiendo, Asunción?
Mas por si acaso no crees
que el beso es el conductor
de ese fuego encantador
con que este mundo que ves
lo ha animado el Criador...
prueba á besarme, y después

un beso verás cómo es
esa copa del amor
llena del vital licor
que en el humano festín,
de una en otra boca, al fin
llega, de afán en afán,
á tu boca de carmín
desde los labios de Adán.

IX

Prueba en mí, por compasión,
esa clara iniciación
de un oscuro porvenir;
y entonces, bella Asunción,
comprenderás si, al morir,
un hombre de corazón
habrá podido sentir
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón.





XL

LO QUE ES ETERNO

DEDICADA AL CONDE DE SAN LUIS CON MOTIVO DE LA FUNDACION DEL TEATRO ESPAÑOL

I. - LA INTELIGENCIA

Pasan un siglo y cien, el tiempo pasa como Escita que mata á la carrera; verdugo y creador, en cuanto impera, lo humilde encumbra y lo soberbio arrasa.

La vida el tiempo á cuanto existe tasa, mas, siempre inútil, su guadaña fiera sobre el grande Platón, era tras era, con excusado afán pasa y repasa.

Y es que la idea que en los cielos flota, fija cual Dios, como de Dios esencia, del tiempo móvil la guadaña embota.

Por eso, al declinar de la existencia, de entre las ruinas de los mundos brota, crisálida inmortal, la inteligencia.

II. - LA VIRTUD

Penélope es el tiempo, que hoy se afana en destejer la vida ayer tejida; no hay en el mundo edad que un sol no mida, ni hay un sol que resista á algún mañana.

Sólo del tiempo en la extensión lejana sobrenada de Sócrates la vida;

que es bella espuma la virtud, salida del Oceano de la vida humana.

Y es que de la virtud el santo anhelo burla del tiempo la eternal victoria, sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.

Por eso, como esencia de la gloria, va cual perfume embalsamando el cielo sagrada eflorescencia de la historia.

III. - EL TEATRO

El tiempo, ese Saturno cuya saña se goza en devorar sus creaciones, jamás en sus sangrientas irrupciones tu templo arrasará, gloria de España.

No extirpará del tiempo la guadaña ese estadio de heroicas acciones; no se extingue la voz de los Platones, ni el brillo de los Sócrates se empaña.

Cuando tu obra inmortal al mundo asombre, mostrando ejemplos de virtud y ciencia, glorioso entre ellos sonará tu nombre.

¡Ah! ¡dichoso el que adhiere su existencia á la virtud, perpetuo bien del hombre, y á la eterna verdad, la inteligencia!



XLI

FUENTE INAGOTABLE

Á MI AMIGO DON TEODORO GUERRERO

I

¡Amé una vez, y dos, inmensamente, y tres... y acaso más!
¡Del corazón la inextinguible fuente no se agota jamás!

¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora se halla prendida así!
Resumen de la vida en una hora es la existencia aquí.

¡Mirad qué hermosa está! ¡Si no la miro siquiera en ilusión,
falta una cosa al aire que respiro!...
¡Otra vez, corazón!

II

Mientras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...
Pero ¿qué hemos de hacer?
La vida humana al fin sólo es la tela de que se hace el placer.

Allí va. ¡No, no va! Mi pensamiento, de su imagen en pos,

aquí y allí, en la tierra y en el viento, la crea, como Dios!

¡Maldito corazón, que nunca cesa de mudar y querer;
la carne de mi espíritu es hoy esa, como otra ha sido ayer!

¡Ira del cielo! Como nunca tierna, baila con otro... ¡Oh Dios!
¡La breve vida á veces es eterna!
Ya va un instante... dos...

¡Ni una mirada de su amor merezco!
Van cuatro... seis... ¡Pardiez!
¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
Van ocho... nueve... diez..

¡Y once van ya! ¿la eternidad entera tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiría, si pudiera gemir sin respirar!

Vamos como ella, á enloquecer con esa, y con esta también...
- ¡Divino! Concepción. - ¡Bravo! Teresa.
¿Que si vas bien? ¡Muy bien!

No quisiera más días de contento,
Mercedes, por quien soy,
que de besos te dan de pensamiento,
cuantos te miran hoy. —

¡Huyamos de ella, huyamos, alma mía!
¿Cómo huir, ¡maldición!
Si exceptuando su amor, todo me bastía?
¡Otra vez, corazón!

III

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!
— ¿Que estoy muy triste, Inés?
Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
¿Que es porque no amo? ¡Pues!

Te se ha subido, Inés, con el contento
al rostro el corazón;
y eso no es, vive Dios, el sentimiento:
eso es la sensación.

¡En baile! ¡En baile! — Tu semblante augura
castidad y salud;
bien dicen, Asunción, que la hermosura
es casi una virtud.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?
¿Dices que es la pasión
ventura que deshace una palabra?
(¡Cruel! ¡Tiene razón!)



IV

(¡Allí pasa otra vez! Mas no; es mi anhelo
que se lo forja así...)
— ¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
¿Qué he de pensar? En tí.

¿Quién besaré, mi bien, labios tan bellos?...
Mas perdona, Leonor;
quise decir: poner el alma en ellos...
¡Bendigo tu pudor!

Cuando te ví, cruzó por mi cabeza
un pecado venial...
¿Si habrán dicho por tí que es la belleza
demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,
me llena de embriaguez;
no eres mía, Leonor, y tengo celos.
¿Que es envidia? Tal vez.

— ¡Bella música, á fe! ¡Cuál corresponde
su acento á mi pasión!...
Esto lo oí con ella no sé dónde...
¡Siempre *ella*, corazón!

¡Qué sufrir! — Luz, no sufras; es el modo
de que sufran por tí;
una mujer que me lo cuenta todo,
me lo ha contado así... —

Pasó el baile y la noche. ¡Con el día
ya vendrá otra embriaguez!...
¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
¡Otra vez, corazón! ¡ay! ¡Otra vez!

XLII

¡MÁS!... ¡MÁS!...



*¿Piensas satisfacer tu apetito?
Pues no lo alcanzarás.*

(KEMPIS, lib. I, cap. XX.)

I

Brindemos por Salomón,
que con tan cuerdo saber
nos pinta la condición
del alma de la mujer.
Ved, por ejemplo, á Leonor,
que ya del Rhin á merced,
ve girar en derredor
los frescos de la pared,
y cansada de gozar,
aunque no harta de sentir,

llena de pasión quizás,
y sin quizás, de elixir,
sintiéndose derrumbar
á una postrer libación,
¡oh insaciable corazón!
aun dice en sueños: ¡Más!... ¡Más!...

II

¡Más! ¡Más! suprema explosión
del pensar y del sentir
misteriosa evocación
de un oscuro porvenir,
prolífica emanación
que entre gozar y sufrir,
en eléctrica ascensión
corre en eterna espiral
de eslabón en eslabón
una cadena inmortal.
¡Más! divina aspiración
á otra trasfiguración
como así nos lo hacen ver,
en perpetua evolución,
las gramas con germinar,
las flores con florecer,
los frutos con madurar,
los árboles con crecer;
y en su anhelo de llegar
á más alto porvenir,
cuanto siente, con sentir,
llega como el hombre á amar;
y el hombre, supremo ser,
de todo infinito en pos,
con pensar y con querer
sube á arcángel, y además
llega hasta embeberse en Dios.
¡Más! alma mía. ¡Más!... ¡Más!...

III

¡Rhin! El *más*, en conclusión,
es el anhelo eternal
de toda la creación,
siendo en fuerza desigual.